

LA TEORÍA DEL SUJETO EN DIALÉCTICA DE LA ILUSTRACIÓN: UNA POCO EXPLORADA MARCA FREUDIANA

THE THEORY OF THE SUBJECT IN THE DIALECTIC OF ENLIGHTENMENT: A RATHER UNEXPLORED FREUDIAN TRAIT

FACUNDO NAHUEL MARTÍN*
CONICET, Argentina, facunahuel@gmail.com

RECIBIDO EL 21 DE JUNIO DE 2017, APROBADO EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 2017

RESUMEN ABSTRACT


En este artículo intenté ofrecer una reconstrucción de la recepción de Freud por parte de Adorno centrándome en la teoría del sujeto. El yo cognoscente, como intenté mostrar, es como tal producto de una renuncia a la gratificación inmediata y plena. El dualismo psíquico freudiano (el conflicto entre principio del placer y principio de realidad o entre el yo y la libido) es reversionado por Adorno en clave de no-identidad entre sujeto y naturaleza. El sujeto se constituye por una mutación en el seno de la naturaleza en virtud de la cual permanece en su seno (es un sujeto corporal, ligado al ser natural, transido por la pulsión) y se distancia a la vez de ella (objetiva tanto su naturaleza interior como exterior, a partir de un proceso de renuncia a la satisfacción inmediata de sus impulsos).

In this article I tried to offer a reconstruction of the reception of Freud by Adorno focusing on the theory of the subject. The cognitive self, as I tried to show is, as such, the product of renunciation to immediate and full gratification. The Freudian psychic dualism (the conflict between the pleasure principle and the reality principle or between the *ego* and the *libido*) is reformulated by Adorno in terms of the non-identity between subject and nature. The subject is constituted by a mutation within the bosom of nature by virtue of which it remains in its bosom (it is a bodily subject linked to the natural being tormented by the impulse) and distanced at the same time from it (objectifying its internal and external nature from a process of renunciation to the immediate satisfaction of its impulses).

PALABRAS CLAVE KEY WORDS

Adorno, Freud, psicoanálisis, teoría crítica.

Adorno, Freud, psychoanalysis, critical theory.

*  orcid.org/0000-0002-2832-3333



Introducción

La importancia del psicoanálisis freudiano en el pensamiento social y filosófico de T.W. Adorno es bien conocida. Adorno recurre de manera explícita al acervo intelectual freudiano en sus investigaciones empíricas sobre la personalidad autoritaria, así como en sus trabajos directamente dedicados al psicoanálisis. La importancia de estas más explícitas apelaciones al psicoanálisis por parte de Adorno es bien conocida. Sin embargo, existe una tercera –y menos investigada– influencia psicoanalítica de Adorno: la teoría del sujeto subyacente en *Dialéctica de la Ilustración*. Esta tercera dimensión de la influencia freudiana sobre Adorno ha sido menos explorada en la bibliografía, pero constituye una marca más general, determinante y global en su pensamiento, en cuanto configura tramos importantes de su teoría del sujeto como tal. A continuación mencionaré brevemente estas tres influencias freudianas, para detenerme en el estado de la cuestión y la bibliografía relevante sobre la tercera.

La caracterización de Adorno de su propia época (el capitalismo tardío o “mundo administrado” [*verwaltete Welt*]) presupone una peculiar teoría del sujeto. Este pensador caracteriza la etapa avanzada del capitalismo como un momento en que las contradicciones sociales –sin desaparecer– han sido suavizadas hasta perder capacidad explosiva. Con la administración estatal de la economía y la reconversión monopolista del capitalismo, el individuo pierde relevancia como actor independiente, viéndose sumido en una tupida red administrativa que toma por él las decisiones económicas. Asimismo, la clase trabajadora como factor de oposición al capitalismo es integrada por las políticas estatales y la institucionalización creciente de los sindicatos. Adorno recurre a conceptos freudianos para dar cuenta de las bases psíquicas de la integración social en el capitalismo tardío. Este recurso teórico se plasma particularmente en trabajos de orientación sociológica, como *Estudios sobre la personalidad autoritaria*, *La técnica psicológica de las alocuciones radiofónicas de Martin Luther Thomas* o incluso los “Elementos de antisemitismo” de *Dialéctica de la Ilustración*. La constatación de estos textos es que “la gente no se comporta con suma frecuencia de modo que favorecería sus intereses materiales, incluso cuando les resulta claro cuáles son sus intereses” [cursivas agregadas] (Adorno Vol. 1 162; GS 9.1

159).¹ Conductas como las antisemitas y autoritarias plasman, para el autor, una *irracionalidad* de las masas que solo es explicable mediante una teoría psicológica de lo social.

En segundo lugar, Adorno dedica algunos trabajos más explícita y directamente a discutir sobre el psicoanálisis en trabajos como “El psicoanálisis revisado” y “Sobre la relación entre sociología y psicología”. Considera que el psicoanálisis expresa de manera honesta la escisión real entre individuo y sociedad en la modernidad. Para Adorno, el pensamiento de Freud refleja un mundo histórico donde *objetivamente* las personas no controlan sus destinos y la vida social se les opone efectivamente como una ajena, inmodificable. Sin dejar de tener tonos apoloéticos, el psicoanálisis freudiano sería adecuado como testimonio de la época moderna.

Finalmente, la lectura de Freud está implícita en un nivel más profundo y de mayor peso teórico en el pensamiento de Adorno, en particular en *Dialéctica de la Ilustración*, coescrito con Max Horkheimer. La *teoría materialista del sujeto* desplegada en este trabajo emblemático puede, voy a sostener, reconstruirse en términos del conflicto entre el yo y la pulsión. Adorno analiza las formas de constitución del sujeto desde el punto de vista de la articulación entre las relaciones sociales y la naturaleza. El sujeto que objetiva, conoce y domina a la naturaleza está inserto en relaciones sociales históricamente cambiantes, pero también es un sujeto corporal atravesado por la pulsión y el instinto. Se trata de un sujeto constituido en la intersección entre sociedad y naturaleza. Adorno recurre a Freud, en un sentido menos explorado en la bibliografía pero fundamental, para reconstruir la pertenencia a la naturaleza del sujeto racional, que a la vez es más que mera naturaleza. En este trabajo voy a detenerme específicamente en este tercer aspecto de la recepción freudiana de Adorno, dejando de lado los otros dos.

Existen pocas investigaciones relevantes sobre la influencia psicoanalítica sobre la teoría del sujeto en *Dialéctica de la Ilustración*. Los trabajos fundamentales son los de Yvonne Sherratt y Joel Whitebook. El segundo encuentra una contradicción en el pensamiento de Adorno, que vería al yo como unidad violenta y al mismo tiempo trataría de permanecer

¹ En el caso de las obras de Adorno, por tratarse del tema central del artículo, utilizo doble citación: primero, la referencia a la traducción castellana, luego la referencia alemana indicada como “GS” seguida por el número de tomo y página. Por lo demás, las citas vertidas de textos en idiomas extranjeros a lo largo del artículo son de traducción propia.

dentro del proyecto de autonomía del yo (Whitebook 133). Adorno se instalaría en la frontera entre la crítica radical de la ilustración y el apego al proyecto ilustrado de la autonomía racional. Para salir de la aporía, Whitebook entiende que Adorno debería extrapolar la idea de una síntesis no violenta de lo múltiple, que admite en el terreno del arte, a esferas como la constitución del yo y el sujeto racional. “Adorno era incapaz de extrapolar las completas consecuencias de la modernidad estética para nuevas formas de síntesis psíquica y social; y no podría, por lo tanto, reconocer completamente el potencial no reificador, emancipador, de la modernidad” (Whitebook 154). La aporía de Adorno se debe, según Whitebook, a su incapacidad para ofrecer un concepto del sujeto que no sea simplemente unidad rígida, violenta ante la naturaleza y el mundo exterior. La concepción del yo como unidad rígida se corresponde con una perspectiva utópica transfigurativa, irrealizable, que quiere recuperar la naturaleza no mediada por el quiebre introducido por el sujeto y la cultura. Esto lleva a la parálisis de la crítica social: la utopía transfigurativa es consabidamente irrealizable.

A diferencia de Whitebook, Sherratt sostiene que la dimensión emancipatoria del pensamiento de Adorno puede ser apropiada por la crítica social, no refugiándose en el plano estético. La oscilación entre mito e ilustración es irreductible y constitutiva de la cultura como tal (Sherratt 7) pero no conlleva una equiparación del yo como tal con su variante rígida y violenta. Sherratt vincula la crítica de la racionalidad con el escrutinio del yo como garante de la autoconservación. “El ello busca un objeto para satisfacer su meta de placer, mientras que el yo busca un objeto para satisfacer su meta de autopreservación” (Sherratt 77). Esto permite fundar una *teoría materialista de la razón* que objetiva distanciadamente a la naturaleza, pero en el proceso permanece ligada a ella.

La unilateralización o el empobrecimiento de la racionalidad instrumental parte de la hipertrofia del yo y el predominio desmedido de la autoconservación sobre la libido. La dialéctica de la ilustración como proceso de autocancelación del pensamiento ilustrado en el marco de una interpretación filosófica de la historia (Sherratt 80). La autora reconstruye, mediante esta narrativa histórica, la dialéctica de la ilustración como proceso que se autonega. El yo sufre un ciclo de regresión narcisista y termina por verse sometido a un proceso autodestructivo y paranoide. El predominio unilateral de la pulsiones yoicas por sobre las libidinales, que está en la base de la racionalidad instrumental, desencadena la dialéctica de la ilustración.

Frente a la dialéctica regresiva de ilustración y mito, Sherratt reconstruye una posible “dialéctica positiva” adorniana. Esta dialéctica busca recuperar una forma de “conocimiento estético” que, al mismo tiempo, puede enriquecer al conocimiento conceptual. La base de esta dialéctica radica en la experiencia estética, donde el yo experimenta un debilitamiento de la frontera con el mundo externo sin las regresiones propias de la narrativa de declinación. La absorción estética posibilita un debilitamiento del sujeto que, en lugar de producir relaciones patológicas con el mundo externo, fomenta una relación más rica con este. La dialéctica positiva entre el yo y el mundo es también una dialéctica entre pulsiones yoicas y libidinales o ligadas al ello (Sherratt 212). Contra Freud, que reduciría el conocimiento a una prerrogativa del yo y postularía una oposición excluyente entre razón y placer, Sherratt atribuye a Adorno una concepción del conocimiento estético donde el yo se debilita en favor del ello (Sherratt 209). En esta dialéctica positiva, ambas pulsiones se dirigen activamente hacia el objeto. “La dialéctica positiva de la subjetividad sería para Adorno una de iguales y opuestos niveles de alto desarrollo de las pulsiones. Habría un máximo compromiso [*engagement*] de tanto las pulsiones yoicas como las del ello sobre el mundo exterior” (Sherratt 213).

Para Sherratt, a diferencia de Whitebook, la dialéctica positiva de Adorno no queda confinada a la experiencia estética sino que permite pensar una estructura del yo que no reproduzca la violencia sobre la naturaleza. Se trataría de una unidad no regresiva ni narcisista (Sherratt 225). Esta unidad no desmiente la oposición entre impulsos: “sin embargo, aun cuando estas dos formas son contrabalanceadas, hay una *tensión antagónica*” (cursivas originales) (Sherratt 227). La dialéctica positiva de unidad y separación entre el yo y el mundo exterior no se resuelve jamás como *identidad*. *La dialéctica positiva evita la identificación entre el yo y el mundo, pero también morigera la rígida oposición entre ambos*. Se trata de una *reconciliación sin identidad entre sujeto y naturaleza*, posibilitada por la articulación entre conocimiento estético (que debilita la frontera del yo) e instrumental (que la refuerza). Los impulsos yoicos, que refuerzan la separación entre el sujeto y la realidad exterior, y los impulsos del ello, que tienden al abandono en el objeto, pueden equilibrarse e incluso enriquecerse mutuamente, pero nunca dejarán de contraponerse.

Sherratt, al igual que Whitebook, articula una lectura freudiana para proveer una concepción de la posible idea de emancipación, que no esté ya ligada al ideal de realizar una totalidad social afirmativa ni

proyecte un ideario narcisista de plenitud como meta liberadora. Ambos pensadores desarrollan la idea de una emancipación que no busca ya restituir una supuesta plenitud para el sujeto. Whitebook apela al concepto de sublimación como eje de una relación no antagónica, pero tampoco idéntica, entre el yo y la naturaleza. De manera análoga, Sherratt construye una dialéctica positiva entre el yo y la libido, habida cuenta de su inevitable antagonismo. La no-identidad de sujeto y naturaleza, entonces, queda clarificada como una estructura fundante de la civilización como tal, compatible con la crítica de la totalidad antagónica pero, a diferencia de ella, no ligada estrictamente a la especificidad histórica.

En este trabajo voy a reconstruir la teoría del sujeto subyacente en *Dialéctica de la Ilustración*, intentando mostrar sus profundas influencias freudianas. Para esto voy a polemizar con la lectura de Whitebook, basándome parcialmente en el planteo de Sherratt pero desarrollando una investigación independiente. Primero voy a reconstruir algunas nociones básicas sobre la constitución del yo en el propio Freud, para luego reconstruir cómo estas nociones son adoptadas, de modo muchas veces implícito, por el propio Adorno. Sostendré que el *conflicto entre el sujeto y la naturaleza es irreductible para Adorno, en cuanto la renuncia a una relación plena, no distante y no mediatizada con el ser natural es para él una condición de posibilidad de la cultura como tal*. El dualismo freudiano de autoconservación y libido aparece, entonces, reformulado en términos de conflicto entre el sujeto y la naturaleza. La distancia entre el yo y el ser natural se presenta como una condición de posibilidad de toda la empresa de la cultura. Según esta lectura, Adorno acepta el “imposibilismo” implícito en la teoría freudiana, a saber, la imposibilidad de construir un sujeto pleno, no sometido a instancias psíquicas contrapuestas. Centralmente, la concepción del sujeto de Adorno remite a la unidad y separación, de distancia y continuidad, entre el yo y la naturaleza. El sujeto de la ilustración es parte de la naturaleza y a la vez es más que mera naturaleza. Esa condición dual, voy a sostener, puede interpretarse a partir de la reformulación del conflicto entre autoconservación y libido en el marco de la teoría materialista del sujeto de Adorno.

Autoconservación y libido en la constitución del yo

Normalmente se considera que *El malestar en la cultura* es el texto freudiano más influyente sobre *Dialéctica de la Ilustración*. Sin embargo, y sin negar la importancia de este trabajo, sostendré que Adorno

recupera con mayor detenimiento conceptualizaciones previas a *Más allá del principio del placer*, plasmadas en los escritos metapsicológicos de la década de 1910 y en las “Conferencias de Introducción al psicoanálisis” de los años 1916-1917. En efecto, en el centro de su concepción del sujeto como modificación de impulsos somáticos que da lugar a la racionalidad, encontramos diferentes aspectos de la relación entre el yo y el ello. Adorno se preocupa por el pasaje de los procesos primarios a los procesos secundarios y la vinculación entre el yo y la autoconservación. Asimismo, no es claro que Adorno tematice la pulsión de muerte de manera explícita. Su insistencia en el despliegue de potencias destructivas de la civilización y el sujeto, en cambio, se enmarca en una preocupación más pregnante en torno a la constitución del yo, la contradicción entre principio de placer y principio de la realidad y la hipertrofia de la autoconservación como meta del sujeto. Para dar cuenta de esta perdurable influencia freudiana, voy a reseñar algunos conceptos del propio Freud, para luego tratar de desentrañar su influencia en *Dialéctica de la Ilustración*.

En “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” Freud distingue el principio de placer y el principio de realidad. El primero gobierna ampliamente los procesos inconscientes, caracterizados como “los más antiguos, los primarios, relictos de una fase de desarrollo en que eran la única clase de procesos anímicos” (Freud, “Repetir” 224). Este principio responde a un más elemental “principio de constancia” que busca mantener al aparato psíquico “exento de estímulos” (Freud, La interpretación 557). En una hipotética fase temprana de desarrollo, la psique tramita la cancelación de estímulos por la vía de la alucinación: se inviste alucinatoriamente la imagen mnémica de una satisfacción habida, repitiendo la gratificación en ausencia de su objeto original. Sin embargo, esta satisfacción alucinatoria no se puede mantener durante mucho tiempo y los impulsos vuelven a imponerse. Esta amarga experiencia va condicionando lentamente una modificación de la respuesta de la psique, que llega a volverse capaz de dar un “rodeo para el cumplimiento del deseo” (Freud, La interpretación 558). Se abandona la satisfacción alucinatoria para salir a la búsqueda de un objeto real mediante la motilidad.

Un segundo sistema anímico, que se constituye por la resignación de la satisfacción autoerótica y alucinatoria del primero, es la base de lo que en la psique madura constituirá la conciencia. Este sistema permite “transformar con arreglo a fines el mundo exterior” (Freud,

La interpretación 588). Los “procesos psíquicos secundarios”, que ahora gobiernan, se basan en la “inhibición” de la tendencia a la descarga inmediata o autoerótica (Freud, La interpretación 590-591). El pensamiento racional exige una restricción del desarrollo de afecto: “El pensar tiene que tender, pues, a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de displacer” (Freud, La interpretación 592). Si bien “un aparato psíquico que posea únicamente procesos primarios no existe” (Freud, La interpretación 592); sin embargo, en todo aparato psíquico compuesto, los procesos primarios se habrían desarrollado antes de los secundarios.

El desarrollo anímico parece avanzar desde un estadio primario donde la psique no reconoce nada que le sea diverso y satisface sus pulsiones de manera autoerótica, hacia un estadio donde es posible distinguir entre el interior y el exterior y demorar la descarga pulsional inmediata. El yo racional, que controla la motilidad y direcciona la acción con arreglo a fines, es resultado de una inhibición de los procesos primarios y su tendencia a la descarga pulsional instantánea. Sin embargo, la diferenciación entre procesos primarios y secundarios no se asienta sobre un despliegue temporal lineal. En la vida psíquica las instancias pasadas perduran sedimentariamente en las posteriores. El yo y la conciencia, resultados tardíos del desarrollo, son solo una parte de la totalidad del aparato psíquico: los procesos primarios continúan campeando en el sistema inconsciente. En la psique “todo estadio evolutivo previo se conserva junto los más tardíos” de modo que “lo anímico primitivo es imperecedero” (Freud, “De guerra” 287). En lo inconsciente no existen la negación ni el paso del tiempo sino sólo “contenidos vestidos con mayor o menor intensidad” (Freud, “Lo inconsciente” 183).

Freud diferencia entre las pulsiones yoicas o de autoconservación y las pulsiones sexuales (Freud, “Pulsiones” 119). Ambas son reguladas en última instancia por el principio de placer, pero guardan diferente relación con este y con la realidad externa (Freud, “Lo inconsciente” 375). La libido se relaciona con el individuo en tanto “efímero apéndice de un plasma germinal virtualmente infinito” (Freud, “Lo inconsciente” 376) mientras que la autoconservación se refiere al propio individuo como fin en sí. Las pulsiones de autoconservación tienden a desplegarse en alianza con el yo, capaz de calcular los efectos de su acción sobre el mundo. Las pulsiones sexuales, en cambio, tienden a entrar en conflicto con la vigilancia yoica. Esta, como comando de la acción consciente orientada a fines, es resultado de una inhibición de la pulsión, particularmente

de las pulsiones sexuales que buscan descarga prescindiendo tanto de los objetivos de la autoconservación como de las normas de la cultura. Si las pulsiones yoicas en un principio también aspiran a la cancelación inmediata del estímulo, empero la educación, los apremios y la transitoriedad de la vida (*anankê*) las llevan más prontamente a avenirse al principio de realidad. Este surge como una modificación del principio de placer que inhibe la descarga inmediata y la subordina a la evaluación de las circunstancias externas (Freud, "Pulsiones" 325).

La condición de posibilidad de la cultura lo es también de las neurosis, que se desarrollan a partir de un conflicto psíquico entre el yo y la libido (Freud, "Pulsiones" 318). La ida en sociedad implica que "la posición del yo, en cuanto individuo autónomo, entra en conflicto con la otra, en cuanto miembro de una serie de generaciones" (Freud, "Pulsiones" 377). Pero el conflicto originario entre yo y libido supuesto en la cultura como tal no es "patógeno" de suyo. Solo deriva hacia el malestar neurótico en circunstancias adicionales, que hacen a la movilidad de la libido, la constitución del yo, etc. (Freud, "Pulsiones" 318).

El programa freudiano de la terapia analítica parece apuntar a una "emancipación sin plenitud" del yo con respecto a ciertas limitaciones psíquicas. Por un lado, Freud apuesta con firmeza a la liberación con respecto al síntoma, esto es, a la posibilidad de devolver al yo cierto control con respecto a ese conjunto de exteriorizaciones de su propio accionar que sin embargo diezman su capacidad para "gozar y producir" (Freud, "Pulsiones" 417) y le imponen graves padecimientos. Por otro lado, ese programa jamás dará por resultado la constitución de un individuo plenamente soberano sobre su psique, pues el conjunto de las escisiones anímicas que tensan el lazo entre autoconservación y libido, entre conciencia e inconsciente, entre principio de realidad y principio de placer, está en la base de la constitución del yo como tal. El yo es constitutivamente un segmento superficial de un aparato psíquico complejo, contradictorio y fundamentalmente inconsciente. No es posible, en el marco freudiano, imaginar un "sujeto soberano" centrado en sí o capaz de una autonomía completa en relación consigo mismo. Freud se preocupa por la posibilidad de restituir al yo una autonomía parcial, habiendo reconocido la imposibilidad por principio de cualquier concepto de autonomía plena. A continuación, intentaré mostrar que Adorno se hace eco de la teoría freudiana y su crítica a las pretensiones narcisistas del yo, construyendo una teoría centrada en la no-identidad irreductible entre sujeto y naturaleza.

Protohistoria del sujeto

La relación entre procesos primarios y secundarios, junto con el conflictivo vínculo entre el yo y la libido, pueden reencontrarse en *Dialéctica de la Ilustración* reformulados en términos de una *teoría materialista del sujeto*, *constituido a partir de la renuncia a la plenitud de la gratificación*, orientado a metas racionales y preocupado por autoconservarse al precio de renunciar a la satisfacción libidinal inmediata o plena. Voy a destacar dos nodos conceptuales de la recepción de Freud en la teoría del sujeto de *Dialéctica de la Ilustración*: 1) la constitución del sujeto es una “historia de la renuncia”, un proceso en el cual el yo emerge a partir de la renuncia a la gratificación inmediata o plena de su sensibilidad; 2) la autoconservación guarda una relación especial con el yo y la razón.

1) Historia de la renuncia. *Dialéctica de la Ilustración* es también una protohistoria sobre la constitución del animal humano en sujeto racional. El iluminismo, como proceso de racionalización, se monta sobre un movimiento más profundo de construcción de la “identidad”, de la conciencia unificada del yo, que impone su unidad y continuidad por sobre la diversidad sensible y corporal. El proceso de ilustración habilita la constitución del hombre en un “sí-mismo” (*Selbst*) permanente, que se mantiene idéntico a través de sus múltiples vivencias o impulsos particulares. La constitución de ese sujeto idéntico, además, conlleva la subordinación de la naturaleza interior (los impulsos vitales) a la tutela del control racional. El ser humano se vuelve un sí-mismo duradero y estable en la medida en que somete sus impulsos a una orientación racional unitaria. Adorno y Horkheimer llaman “sí-mismo” al sujeto, autoconciencia racional que ordena la sensibilidad y la subordina. “Sí-mismo” es el “carácter idéntico, instrumental, viril” (Adorno y Horkheimer 48; GS 3 50) del hombre.

Odiseo representa al individuo que llega a alzarse como sujeto dominador de la naturaleza. Para subordinar a la naturaleza exterior debe primero someter a su propia naturaleza interna, sus instintos e impulsos. El viaje de Odiseo puede interpretarse, entonces, como el proceso por el cual el individuo, a través de innumerables peripecias, se vuelve un sujeto idéntico a sí mismo, capaz de imponerse a las pasiones y, a la postre, de someter a la naturaleza a sus fines mediante el cálculo racional. “El accidentado viaje de Troya a Ítaca es el itinerario del sí-mismo [...] a través de los mitos” (Adorno y Horkheimer 60; GS 3 64). La supervivencia de Odiseo a lo largo de su viaje pone de manifiesto cada

vez su autoconciencia como sujeto idéntico y capaz de tratar con distancia y frialdad a las fuerzas míticas y naturales. Si la mera naturaleza se asemeja a la plenitud indiferenciada los procesos primarios, es claro que el yo estable, idéntico a sí mismo, surge de un proceso de “desasimiento del mundo” en el cual la renuncia a la gratificación inmediata ocupa un rol fundamental. La espera y la renuncia son instancias constitutivas del yo y precondiciones de la racionalidad con la que este se enfrenta a la realidad exterior y la domina. La gestación del *Selbst* racional conlleva la imposición del sujeto sobre la propia naturaleza interior. El autocontrol y la prescripción de la norma racional (siempre tortuosos, en tanto presuponen la capacidad para refrenar la descarga inmediata de impulsos) son precondiciones de la subjetividad. Al arriesgar su vida y someterse a tormentos diversos, el sujeto se va constituyendo, a través de los mitos pero también en pugna con ellos. En ese proceso, el *Selbst* “se entrega a la amenaza de la muerte, con la que se hace duro y fuerte para la vida” (Adorno y Horkheimer 60-61; GS 3 65).

La renuncia al placer inmediato es condición necesaria para la constitución del sujeto. En efecto, el yo que permanece idéntico a sí mismo a través del tiempo, no se entrega a la inmediatez de los impulsos. Demora, calcula y aplaza. La estabilidad del *Selbst* se construye, cada vez, sobre la renuncia de la gratificación plena. El ser humano somete a su propia naturaleza antes de poder someter a la naturaleza externa. De ahí que la entrega al disfrute inmediato se identifique necesariamente con la pérdida del yo y el abandono a la mera naturaleza. Esto se ve en el episodio de los lotófagos: “quien prueba este manjar está perdido [...] Este idilio, que, por lo demás, hace pensar en la felicidad de los estupefacientes [...] no puede consentirlo a los suyos la racionalidad al servicio de la autoconservación” (Adorno y Horkheimer 75; GS 3 81). El sujeto racional no puede permitirse el mero disfrute sin esfuerzo ni espera. La renuncia es una precondición de su constitución. La erección y preservación del yo suponen un continuado esfuerzo por mantener a raya a la naturaleza interna, un distanciamiento del sujeto con respecto al ser natural. El sujeto no puede entregarse a los afectos, porque su propia identidad como yo estable se construye sobre la base de la renuncia a todo disfrute inmediato.

El afecto es equiparado al animal, que el hombre somete: el símil de la perra pertenece al mismo estrato de experiencia que la metamorfosis de los compañeros en cuerpos. El sujeto, dividido aún y obligado a emplear la violencia tanto contra la naturaleza en sí mismo como contra la naturaleza

exterior, “castiga” a su corazón obligándolo a la paciencia y prohibiéndole, en previsión del futuro, el presente inmediato (Adorno y Horkheimer 61; GS 3 65, nota al pie).

Parece que la renuncia a la plenitud psíquica y la construcción escindida del sujeto es una precondition general de la vida social, en tanto anuda las determinaciones básicas bajo las cuales el yo emerge en el seno de la naturaleza pero también se separa de ella. La no-identidad entre sujeto y naturaleza, la relación de inmanencia y distancia que aquel guarda con esta, está mediada por la renuncia a la gratificación inmediata que sería precondition de toda vida social.

La renuncia, la demora en la satisfacción, el cálculo y la espera, son determinaciones del trabajo en general. Se trata de precondiciones para la racionalidad que se enfrenta a la naturaleza y la domina, racionalidad que está presupuesta en toda sociedad. La razón instrumental es una forma unilateral o empobrecida de esa racionalidad más básica, que no está ligada por sí misma a la dominación por la totalidad contradictoria y que, en cambio, aparece entre las precondiciones generales de la civilización.

2) El yo y la autoconservación. Adorno y Horkheimer toman de Freud, también, la idea de que el yo es agente de la autoconservación. La identidad del sujeto, así como su razón orientada a fines y capaz de manipular o modificar la naturaleza exterior, surgen como modificaciones de la pulsión de autoconservación. Este concepto es central para comprender el *materialismo* de Adorno. El yo, como agente de la autoconservación, se revela como dependiente de la naturaleza en el mismo movimiento por el que la objetiva y se separa de ella. El proceso de distanciamiento del ser natural que media en la constitución del sujeto es simultáneamente un proceso en el interior de la propia naturaleza. La sumisión a las metas de la autoconservación sanciona, pues, la dependencia del yo con respecto a la naturaleza, aun en la no-identidad entre ambos. La teoría materialista del sujeto como forma de reflexión (reflexión del sujeto en la objetividad), de esta manera, no se realiza solamente en términos históricos, sino también en el seno de la naturaleza.

Toda la historia de la “civilización occidental” parece responder a la máxima de Spinoza, “*Conatus sese conservandi primum et unicus est fundamentum*” (Adorno y Horkheimer 44; GS 3 46). La autoconservación como meta natural es el conato que gobierna y moviliza a la civilización

como tal. El yo, en este estrato básico, es comprendido en términos freudianos como aliado del principio de realidad, que calcula, prevé y ordena; y por lo tanto se encarga de conservarse. La capacidad de previsión y control se relaciona con el desarrollo de los procesos secundarios y el principio de realidad que, renunciando a la satisfacción inmediata, atiende también a las exigencias del mundo exterior. El yo aparece como un mediador entre las necesidades o demandas del organismo y el mundo circundante. Capaz de sacrificar el instante al futuro, el yo se separa de la naturaleza interna y la doma. Sobre esa base, domina luego a la naturaleza externa, constituyéndose en sujeto racional y estable. Ese proceso de distanciamiento de la naturaleza interna y externa responde a demandas de carácter natural. La naturaleza perdura en el sujeto porque este se separa de ella y la doma para cumplir con el mandato, que en sí mismo pertenece a la naturaleza, de autoconservarse. “Incluso el yo, la unidad sintética de la apercepción, la instancia que Kant designa como el punto supremo del que debe pender la entera lógica, es en realidad tanto el producto como la condición de la existencia material” (Adorno y Horkheimer 98-99; GS 3 105).

Adorno y Horkheimer plasman este materialismo en una paradójica “doctrina fisiológica de la percepción [*Wahrnehmung*]” (203; GS 3 213) que sintetiza la capacidad del sujeto para autorreflexionarse en el seno de la objetividad, en este caso, natural. “En cierto sentido, toda percepción [*Wahrnehmen*] es una proyección [*Projizieren*]. La proyección de las impresiones de los sentidos es una herencia de la prehistoria animal, un mecanismo para los fines de la defensa y la alimentación, órgano prolongado [...]” (Adorno y Horkheimer 202; GS 3 212). El mundo objetivo es constituido por el sujeto, es resultado de una proyección subjetiva. No hay posibilidad de encontrarse con datos simples no mediados por el sujeto y sus mecanismos. “La imagen percibida contiene en realidad conceptos y juicios. Entre el objeto real y el dato indudable de los sentidos, entre dentro y fuera, hay un abismo que el sujeto debe salvar a su propio riesgo” (Adorno y Horkheimer 203; GS 3 213). La percepción misma, y más aun la constitución de objetos de conocimiento, son atravesadas por el sujeto que conoce y sus mecanismos de ordenamiento de la empiria. El sujeto, pues, posee un rol constituyente en el conocimiento: no hay objeto conocido que no esté mediado por el acto de conocer, sus formas, conceptos y operaciones.

El sujeto constituyente es, empero, a la vez un elemento constituido en el mundo objetivo. Ahí radica la construcción del materialismo, que no

se limita con reconducirlo todo al sujeto como origen, sino que también indaga en el yo como un resultado. El yo se constituye “de manera retroactiva [*rückwirkend*], [...] en la medida en que aprende a dar a dar unidad sintética no solo a las impresiones externas, sino también a las internas” (Adorno y Horkheimer 203; GS 3 213). El yo se desarrolla en el proceso de interactuar con el mundo objetivo, en cuyo marco se va constituyendo. Este proceso incluye la modificación de impulsos corporales hacia la constitución del sujeto y la razón, así como la creciente diferenciación entre el interior y exterior. Si toda percepción es una proyección de las cualidades del sujeto sobre el mundo, sin embargo, el yo llega a diferenciarse cada vez más de la realidad, comprendiendo la diferencia entre él mismo y la naturaleza exterior. La función unitaria (constituir su identidad) y la función excéntrica (dirigirse a la realidad externa) del yo se correlacionan, al punto de que el yo solo es verdaderamente autónomo cuando es capaz de captar el mundo circundante en toda su diferenciación y riqueza. “La profundidad interior del sujeto consiste únicamente en la fragilidad y riqueza del mundo exterior percibido. Si esta compenetración [*Verschränkung*] se quiebra, el yo se entumece [*erstarrt*]” (Adorno y Horkheimer 203; GS 3 213-214).

En síntesis, Adorno toma de Freud la idea de que el yo racional, sometido al principio de realidad, capaz de aplazar la gratificación inmediata y de relacionarse de manera distanciada con el mundo exterior, está vinculado a la autoconservación. Son las exigencias pulsionales de la autoconservación las que motorizan la constitución del yo. El sujeto, incluso en el nivel del conocimiento, de la constitución conceptual de objetos, es él mismo un resultado de procesos objetivos anclados en la naturaleza. La razón tiene un momento somático ligado con la autoconservación. El sujeto racional, al desentrañar el vínculo entre razón y autoconservación, puede comprender su propia génesis en el seno de la naturaleza, reflexionando sobre las condiciones objetivas de su constitución como sujeto. Si la “historia de la renuncia” explica cómo el yo objetiva la naturaleza y se separa de ella, la ligazón entre el yo y la autoconservación pone de manifiesto que la pulsión perdura en la razón constituida. El sujeto, que se distancia de la naturaleza, sigue siendo una parte de ella, en tanto su identidad racional es un producto sublimado y coagulado de la dinámica pulsional.

Conclusiones

En este artículo intenté ofrecer una reconstrucción de la recepción de Freud por parte de Adorno centrándome en la teoría del sujeto. El yo cognoscente, como intenté mostrar, es *como tal* producto de una renuncia a la gratificación inmediata y plena. *El dualismo psíquico freudiano (el conflicto entre principio del placer y principio de realidad o entre el yo y la libido) es reversionado por Adorno en clave de no-identidad entre sujeto y naturaleza. El sujeto se constituye por una mutación en el seno de la naturaleza en virtud de la cual permanece en su seno (es un sujeto corporal, ligado al ser natural, transido por la pulsión) y se distancia a la vez de ella (objetiva tanto su naturaleza interior como exterior, a partir de un proceso de renuncia a la satisfacción inmediata de sus impulsos).* La no-identidad de sujeto y naturaleza parece inherente a la cultura en toda su extensión, en la medida en que el movimiento de inmanencia y distancia constituye al sujeto *como tal*. Esto implica que Adorno rechaza todo programa de retorno inmediato al ser natural, afirmando en cambio la necesidad de la mediación entre sujeto y naturaleza, que inevitablemente han de permanecer como no-idénticos. Leer a Freud permite a Adorno pensar cómo el sujeto está atravesado de cabo a rabo por el ser natural (es un sujeto corporal, constituido en la dinámica de la pulsión) y a la vez puede objetivar a la naturaleza y constituirse como ser racional, que calcula, trata al mundo que lo rodea con cierta cuota de distancia, ordena la experiencia y es capaz de prever el futuro.

La constitución del yo racional, a la vez un ser natural y algo más que mera naturaleza, está en la base de la mediación entre la sociedad y su medio. Las personas pueden construirse una vida social en la medida en que son capaces de objetivar a la naturaleza, transformando el medio conforme fines conscientes. Solo a través de la renuncia a la gratificación pulsional inmediata, se erige un *yo* capaz de objetivar el mundo circundante, lo que a su vez hace posible el trabajo social en general. Por lo tanto, la no-identidad entre sujeto y naturaleza aparece como una precondition de la vida social en general.

Para Adorno, el yo racional, que objetiva a la naturaleza circundante y se separa de ella, es fundamentalmente gestado por las exigencias de la pulsión de autoconservación. Esto significa que su desarrollo unilateral, implícito en la hipertrofia del dominio del mundo exterior consumado en el proceso de ilustración occidental, obedece secretamente a metas naturales y pulsionales. Un sujeto completamente volcado a la racionalidad instrumental, para Adorno, se identifica con la mera naturaleza en el mismo movimiento por el que la objetiva y se distancia de ella. Únicamente si equilibra las pulsiones yoicas y las libidinales,

experimentando un tipo de absorción estética en el mundo, puede el sujeto poner coto a esta deriva regresiva. Ello supone dar lugar, en el seno de la racionalidad, a un momento estético de mimesis con la naturaleza fundado en las pulsiones libidinales. Esta articulación entre pulsiones yoicas y libidinales, sin embargo, nunca puede llegar a suprimir la brecha entre el sujeto y la naturaleza (interna y externa). Fiel a la teoría freudiana y su matriz imposibilista, Adorno considera que la no-identidad entre el yo y la naturaleza es constitutiva del sujeto como tal. Así, se pone de manifiesto la cabal influencia del psicoanálisis sobre la teoría adorniana del sujeto.

REFERENCIAS

Adorno, T.W. *Escritos sociológicos II* (2 vols.). Madrid: Akal, 2007. Impreso. (*Gesammelte Schriften* Vol. 9. Fráncfort del Meno: Suhrkamp Verlag, 1973).

Adorno, T.W. y Horkheimer, M. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Akal, 2007. Impreso. (*Gesammelte Schriften* Vol. 1. Fráncfort del Meno: Suhrkamp Verlag, 1973).

Freud, S. "La interpretación de los sueños" [1900-1901]. *Obras completas* V. Buenos Aires: Amorrortu, 1976. Impreso.

_____. "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico" [1911]. *Obras completas* XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976. Impreso.

_____. "Pulsiones y destinos de pulsión" [1915]. *Obras completas* XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 2003. Impreso.

_____. "Lo inconsciente" [1915]. *Obras completas* XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 2003. Impreso.

_____. "De guerra y muerte. Temas de actualidad" [1915]. *Obras completas* XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 2003. Impreso.

_____. "Repetir, recordar, reelaborar". *Obras completas* XII. Buenos Aires: Amorrortu, 2007. Impreso.

Sherratt, Y. *Adorno's Positive Dialectic*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002. Impreso.

Whitebook, J. *Perversion and Utopia: A Study in Psychoanalysis and Critical Theory*. Cambridge: MIT Press, 1995. Impreso.

Como citar:

Martín, Facundo Nahuel. "La teoría del sujeto en *Dialéctica de la Ilustración*: una poco explorada maca freudiana". *Discusiones Filosóficas*. Jul.-Dic. 31, 2017: 134-148. DOI: 10.17151/difil.2017.18.31.8.